

La Manzana Dañada

PRIMERAS PALABRAS

Los libros, como las personas y las cosas, tienen su biografía: nacen, viven en muchas ocasiones accidentalmente, los acompaña una suerte determinada y al fin, algún día, no se sabe cuando, duermen y se convierten en curiosidad manejada por los historiadores de la literatura. Han cumplido su ciclo, han dejado su mensaje, su huella a veces ha sido fecunda, otras estéril o nefasta: el libro es un ser viviente y como tal, su aventura es tan varia e inestable como la vida misma. Al comenzar con este volumen mis obras completas, debo justificarlas, porque se publican estando yo vivo y soy yo mismo quién cuido de ellas: tengo mis motivos. Dos de los más grandes escritores de América en este siglo, ambos dueños de mi devota admiración, Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, resolvieron publicar sus obras completas en vida y Reyes explicó que solamente el autor sabe cuando la obra está ya madura y no va a ser una vez más modificada --derecho que le asiste al autor durante toda su vida, tiempo en el cual ninguna de sus obras llega a estado definitivo sino cuando él por fin lo advierte, cuando ese estado definitivo se ha formado tanto dentro como fuera de su espíritu creador--; y porque solamente el autor sabe cuáles de sus obras deben formar entre “las completas”, y cuáles, por haber sido simplemente errores o meras tentativas fracasadas, deben eliminarse, caer en el olvido. Finalmente, porque sólo el autor sabe cuidar en verdad de sus obras. Yo he aprendido esa lección: este año es el 67 de mi vida. Tengo buena salud, pero no he comprado mi vida: propongo a quién me la dio me la conserve siquiera hasta terminar de echar al mundo mis “Obras Completas”. Y comienzo lo más pronto que puedo, porque el tiempo se va acortando y es mejor usarlo con provecho.

Había ya publicado tres cuadernos de poesía, “Luz del nuevo paisaje”, “Poesía de la soledad y el deseo” y “Agonía del árbol y la sangre” cuando me animé a llevar a la imprenta “La manzana dañada”, una-colección de cuentos que fue escrita entre 1934 y 1939, o sea a raíz de mi grado de bachiller en el Instituto Nacional Mejía: por ello, este libro tiene el verdadero rostro de mi juventud. Entonces era uno de los del “Grupo Elan”, antes “Lampadario” y trabajaba para crear el Sindicato de Escritores y Artistas, del cual llegué a ser Secretario General. El libro se comenzó en un lugar cómodo, tranquilo pero nada poético:

El Ministerio de Gobierno y Policía, donde yo era “Oficial de Número”, ganaba ochenta sucres mensuales y disponía de una excelente máquina “Olimpia” y magnífico papel. No duré mucho en sitio tan paradisíaco, y así el libro se siguió escribiendo entre Loja y Guayaquil, a ratos perdidos entre andanzas juveniles. En realidad, podría haber sido hasta dé doce cuentos, pero un inusitado afán de selección, destituido de toda piedad, los dejó en el pequeño número actual.

La primera (y única hasta ahora) edición se hizo en la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, entonces jovencita, apenas con cuatro años de trabajar en excelentísimas máquinas alemanas flamantes, y recién instalada en su tercer hogar, el que le permitió edificar el 1. Municipio de Quito en la hoy Avenida 6 de Diciembre, que entonces llevaba el nombre gratísimo de don Mariano Aguilera, “el enamorado de Quito”. A pesar de mi juventud, era yo Miembro Titular de la Junta General de la Casa en representación de los poetas --representación que renuncié más tarde, cuando Jorge Carrera Andrade retornó al país, en homenaje al gran poeta; y dirigía la Editorial, en la que era regente Gonzalo Maldonado Jarrín, gran espíritu, incomparable compañero de los escritores. Habíamos ya publicado cuatro tomos de la “Biblioteca de Relatistas Ecuatorianos”

OBRAS COMPLETAS DE ALEJANDRO CARRION

--“Ala costa”, de Luis A. Martínez; “La fuente clara”, de Humberto Salvador; “Un idilio bobo”, de Angel F. Rojas y “Las cruces sobre el agua”, de Joaquín Gallegos Lara-- y teníamos en prensa la primera edición de “Huayrapamushcas”, de Jorge ¡caza.

Galo Galecio, mi amigo fraternal, artista mayor de este país, planeé y diseñó la edición y grabó primorosamente en madera la portada y las ornamentaciones para el inicio de cada cuento, que, naturalmente, se repiten en esta edición. Alfredo Pareja, otro amigo de toda mi vida, escribió el prólogo, que repito también, en el cual dijo que los seis cuentos que se dan en el libro “son seis momentos de una novela que no llegó a terminarse”, mientras Alejandro García Maldonado, gran novelista venezolano, entonces Embajador de su país en Quito, dijo --en un estudio que incluyo también-- que la novela estaba completa y que yo había errado al clasificar el libro como una colección de relatos. Que juzgue el lector.

La verdad es que nunca pensé escribir una novela: a tan grave tarea me entregué mucho más tarde. En esos días, a los 18 años, esa empresa me parecía demasiado grande. El libro tuvo éxito. Gustó, fue generosamente elogiado, en casa y afuera y recuerdo con cariño lo que de él dijeron Isaac J. Barrera, Angel F. Rójas y Emilio Uzcátegui, Juan Marín, Miguel Angel Asturias y Salvador Novo. Después, fue olvidado, lo descuidé yo mismo y durmió en las generosas bibliotecas que lo albergaron. Por dos veces estuvo a punto de despertar: hubo un contrato para editarlo en Lima, en una editorial que estaba planeando Enrique Congrains Martínez y otro celebrado en Guayaquil con Ediciones Ariel, para su colección de libros infantiles. No se cumplieron esos contratos y no por mi culpa y ahora, gracias a la buena voluntad y al amor que profesan a la cultura Mauricio Dávalos Guevara y León Roldós Aguilera, igual al que profesan sus sucesores Abelardo Pachano y Jaime Acosta Velasco, y al poderoso mecenazgo del Banco Central, inicio con sus dolorosas páginas inocentes, tan amadas por mí, mis obras completas.

Alejandro Carrión